

San Cipriano

EL PADRENUESTRO

Introducción

1. Los preceptos evangélicos¹, queridísimos hermanos, no son otra cosa que enseñanzas divinas: fundamento para edificar la esperanza, apoyo para sostener la fe, alimento para nutrir el corazón, guía para marcar el camino, seguridad para obtener la salvación. Instruyendo en la tierra a las almas dóciles de los creyentes, los van conduciendo hacia el reino de los cielos.

Dios ha querido que fueran dichas y oídas muchas cosas a través de sus siervos los profetas, pero ¡cuánto mayores

son las que dice el Hijo, las que testifica con su propia voz² el Verbo de Dios, que estuvo presente en los profetas! Y no ya ordenando que se prepare el camino al que viene, sino viniendo Él mismo en persona, abriendo y mostrándonos el camino. De este modo, los que, ciegos y desorientados en otro tiempo, andábamos errantes en sombras de muerte, iluminados ahora por la luz de la gracia hemos encontrado el sendero de la vida, siendo el Señor mismo quien nos conduce y guía³.

Cristo nos ha enseñado a orar

2. El Señor, entre otros preceptos divinos y saludables consejos⁴ con que cuida de su pueblo en orden a la salva-

ción, nos dio una forma de orar⁵. Él mismo personalmente nos orientó e instruyó acerca de lo que hemos de pedir. Él, que nos ha concedido vivir, nos ha enseñado también a orar, y esto gracias a su bondad por la que se dignó darnos y conferirnos también todo lo demás. De este modo, al dirigirnos al Padre con la oración y la súplica que nos enseñó el Hijo, seremos más fácilmente escuchados.

Él había anunciado ya que vendría la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu y en verdad⁶. Y cumplió lo que antes había prometido. De este modo, los que hemos recibido el Espíritu y la Verdad gracias a la santificación, que nos viene de Él, adoramos verdadera y espiritualmente al Padre gracias también a la enseñanza transmitida por Él.

¿Qué oración puede ser más espiritual que la que nos fue dada por Cristo, por quien nos fue enviado también el Espíritu Santo⁷. ¿Qué súplica más verdadera ante el Padre que la que ha salido de la misma boca del Hijo, que es la Verdad⁸. De manera que orar distintamente a como Él nos ha enseñado no sólo es ignorancia, sino también culpa, después que Él mismo haya dicho estas palabras: *Rechazáis el mandamiento de Dios, para salvaguardar vuestra tradición*⁹.

3. Oremos, pues, hermanos amadísimos, como Dios, nuestro maestro, nos ha enseñado. La oración amistosa y

familiar consiste en dirigirse a Dios con lo que es suyo, en hacer subir a sus oídos la oración de Cristo.

¡Que el Padre reconozca las palabras de su Hijo cuando hacemos oración! ¡El que habita dentro de nosotros, en nuestro interior, Él mismo esté también en nuestra voz! Y, teniéndole como abogado ante el Padre por nuestros pecados¹⁰, expresemos las palabras de nuestro abogado cuando, como pecadores, pedimos perdón de nuestras culpas. Pues, habiendo dicho Él que *cuanto pidiéramos al Padre en su nombre, nos lo dará*¹¹, ¿cuánto más eficazmente obtendremos lo que pedimos en su nombre, si lo pedimos con su misma oración?

Cómo orar

4. Las palabras y súplicas de los que oran sean medidas, llenas de paz y de respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios y que debemos ser agradables a sus ojos tanto en la compostura corporal como en el modo de hablar. Pues, así como es propio de un descarado levantar la voz en grito, así también, por el contrario, concuerda con una persona discreta hablar en la oración modestamente.

Por otra parte, el Señor en su magisterio nos ha ordenado también orar en secreto, en sitios ocultos y retirados, en los propios aposentos¹². Lo cual está más acorde con la fe. Así sabremos que Dios está presente en todas partes, que escucha y ve a todos, que penetra con la plenitud de su majestad incluso en los lugares más recónditos y escondidos, como está escrito: *Yo soy un Dios cercano y no un Dios lejano. Aunque un hombre se escondiere en los lugares más*

*ocultos, ¿no le vería por ello? ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra?*¹³; y también: *En todo lugar los ojos de Dios observan a los buenos y a los malos*¹⁴.

Cuando nos reunimos en asamblea con los hermanos y, juntos con el sacerdote de Dios¹⁵, ofrecemos los divinos sacrificios, no debemos olvidar el respeto y la disciplina. No debemos de ningún modo recitar nuestras preces desordenadamente, con voces inconexas, ni pronunciar tumultuosamente las palabras de una oración, que debe ser presentada a Dios modestamente, porque Dios escucha no lo que sale de los labios, sino lo que sale del corazón. Ni tampoco es necesario a gritos llamar la atención del que ve los pensamientos, según nos muestra el Señor cuando dice: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?*¹⁶. Y en otro lugar: *Y sabrán todas las Iglesias que yo soy el que sondea los riñones y los corazones*¹⁷.

5. Esto es precisamente lo que, según el libro primero de los Reyes, observó cuidadosamente Ana, que era figura de la Iglesia¹⁸. Ella dirigía a Dios su petición no en voz alta, sino en silencio, modestamente, desde el interior de su corazón. Decía una oración secreta, pero con fe manifiesta. Hablaba no con la voz, sino con el corazón, sabiendo que de este modo la escuchaba el Señor. Y alcanzó eficazmente lo que pidió con fe.

Todo esto lo atestigua la divina Escritura cuando dice: *Hablaba en su corazón; se movían sus labios y no se oía su*

voz, pero el Señor la escuchó¹⁹. Igualmente leemos en los Salmos: *Hablad en vuestros corazones y arrepentíos en vuestros aposentos*²⁰. Y también por medio de Jeremías sugiere y enseña estas cosas el Espíritu Santo, diciendo: *En el corazón, sin embargo, sólo a ti se te debe adorar, Señor*²¹.

6. El que ora, amadísimos hermanos, no debe ignorar cómo oraba en el templo aquel publicano que subió allí a la vez que un fariseo. No se atrevía a levantar los ojos al cielo ni osaba alzar las manos. Dándose golpes de pecho y reconociendo interiormente sus pecados, imploraba el auxilio de la misericordia divina. El fariseo, en cambio, se complacía en sí mismo. Por eso aquel, que oraba de este modo, mereció más bien ser justificado, porque no puso la esperanza de su salvación en la seguridad de su inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró con humildad, confesando sus pecados, y esta oración fue escuchada por el que perdona a los humildes²².

Esto lo expone el Señor en su Evangelio cuando dice: *Dos hombres subieron al templo a orar, uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de este modo: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, rapaces, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo». El publicano, en cambio, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador». Os digo que éste bajó a su casa justificado más que el fariseo, porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*²³.

El texto del Padre nuestro

7. Queridísimos hermanos, después que, instruidos por la lectura divina, hemos conocido cómo debemos acceder a la oración, conozcamos también por la enseñanza del Señor qué es lo que debemos pedir en la oración.

*Así oraréis –dice–: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra; danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal*²⁴.

Nuestra oración es comunitaria

8. Ante todo, el maestro de la paz y de la unidad no quiso que la oración se hiciera individual y privadamente, de modo que cuando uno ore, ore solamente por sí. No decimos: «Padre mío, que estás en los cielos», ni: «dame hoy mi pan», ni pide cada uno que sea él sólo perdonado o que él sólo no caiga en la tentación y sea librado del mal.

Nuestra oración es pública y comunitaria, y cuando oramos, no pedimos por uno solo, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos uno²⁵.

El Dios de la paz y maestro de la concordia, que nos enseñó la unidad, quiso que cada uno ore por todos, así como Él mismo en sí nos llevó a todos²⁶.

Esta ley de la oración es la que observaron los tres jóvenes arrojados en medio del fuego, cantando juntos en su plegaria y concordés en los sentimientos de su espíritu. Lo declara el testimonio de la divina Escritura que, al enseñarnos cómo oraron estos jóvenes, nos da un ejemplo que debemos imitar en nuestras oraciones, para que podamos ser como ellos. *Entonces –dice– los tres, con una sola voz, cantaban un himno y bendecían a Dios*²⁷. Hablaban con una sola voz y todavía Cristo no les había enseñado a orar. Y por ello su plegaria fue aceptada y eficaz, porque una oración pacífica, sencilla y espiritual se hacía acreedora a la benevolencia de Dios.

De este modo también vemos que oraban los apóstoles y los discípulos después de la ascensión del Señor. Dice la Escritura: *Todos ellos perseveraban unánimes en la oración en compañía de las mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos*²⁸. Perseveraban unánimes en la oración, poniendo de manifiesto con ello la constancia y la concordia de esa oración. Pues Dios, que hace habitar en una misma

casa a los que tienen una sola alma²⁹, no admite en su eterna morada más que a los que oran de modo unánime.

Padre nuestro, que estás en los cielos

9. ¡Qué misterios, amadísimos hermanos, los de la oración del Señor! ¡Cuántos y qué grandes, brevemente resumidos en esta plegaria, mas espiritualmente copiosos y eficaces! De tal modo que no queda nada de cuanto se refiere a la oración y a la plegaria, que no esté comprendido en este compendio de doctrina celestial³⁰.

Dice el Señor: *Así oraréis: Padre nuestro, que estás en los cielos.*

El hombre nuevo, renacido y restituido a su Dios por la gracia divina³¹, lo primero que dice es *Padre*, porque ya ha empezado a ser hijo.

Vino a su casa —dice el Evangelio—, *y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre*³². Así pues, el que cree en su nombre se hace hijo de Dios, y desde este momento debe empezar a dar gracias y a confesar su filiación divina.

Al llamar Padre a Dios, que está en los cielos, debe testificar al punto, con las primeras palabras de su nuevo nacimiento, que ha renunciado al padre terreno y carnal³³ y que ya desde ahora no conoce ni tiene otro padre más que el que está en los cielos, como está escrito: *Los que dicen al padre y a la madre: no os conozco, y no reconocen a sus hijos, éstos han cumplido tus preceptos y han guardado tu alianza*³⁴.

Así mismo el Señor en su Evangelio nos ha ordenado que no llamemos padre nuestro a nadie en la tierra, porque nuestro Padre es sólo el que está en los cielos³⁵. Y al discípulo, que había hecho mención de su padre difunto, le respondió: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*³⁶. Había dicho, en efecto, que su padre había muerto, mientras que el Padre de los creyentes siempre vive.

10. Y no sólo debemos observar y darnos cuenta que llamamos Padre al que está en los cielos, sino que añadimos algo más y decimos *Padre nuestro*, es decir, de todos los que creen, de todos los que, santificados por Él y regenerados por el nacimiento de la gracia espiritual, han comenzado a ser hijos de Dios.

Esta palabra, por otra parte, censura y hierde a los judíos, quienes no sólo rechazaron con su infidelidad a Cristo, que les había sido anunciado por los profetas y enviado a ellos en primer lugar³⁷, sino que además cruelmente lo mataron.

Éstos ya no pueden llamar a Dios Padre, porque el Señor mismo los confunde y refuta, diciéndoles: *Vosotros habéis nacido de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Pues éste fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él*³⁸. Y por medio del profeta Isaías clama Dios lleno de indignación: *Hijos crié y saqué adelante, y ellos, sin embargo, me despreciaron. Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo; Israel, sin embargo, no me conoció y el pueblo no me discernió. ¡Ay de la gente pecadora, del pueblo lleno de pecados, semilla de malvados, hijos del crimen! Abandonasteis al Señor y habéis enojado al Santo de Israel*³⁹.

Como echándose en cara, los cristianos, cuando oramos, decimos *Padre nuestro*, porque nuestro ha empezado ya a ser, y de los judíos dejó de serlo por haberlo abandonado.

Un pueblo pecador no puede ser hijo. Por contra, a quienes se les concede el perdón de los pecados, a éstos sí que se les confiere el nombre de hijos y se les promete la eternidad, como dice el Señor mismo: *Todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre, mientras que el hijo se queda para siempre*⁴⁰.

11. ¡Cuán grande es la misericordia del Señor, cuán grande la abundancia de su amor y de su bondad para con nosotros! Pues ha querido que oremos en su presencia, que lo invoquemos como Padre y que, así como Cristo es el Hijo, así también nosotros nos llamemos hijos de Dios. Ninguno de nosotros se hubiera atrevido a usar tal nombre en la oración, si no nos hubiera permitido Él mismo orar de este modo.

Así pues, queridísimos hermanos, debemos recordar y ser conscientes de que, al llamar a Dios Padre, nos obliga-

mos a actuar como hijos de Dios, de modo que, así como nos complacemos nosotros de tener a Dios por Padre, así también se complazca Él en nosotros.

Comportémonos como templos de Dios, para poner de manifiesto que Dios habita en nosotros⁴¹. Que nuestras acciones no deshonren al Espíritu. Y así quienes hemos empezado a ser espirituales y celestiales, pensemos y obremos sólo cosas espirituales y celestiales, ya que el mismo Dios y Señor ha dicho: *A quienes me honran, yo les honraré, y quienes me desprecian, serán despreciados*⁴². También el bienaventurado apóstol puso en una de sus cartas: *No os pertenecéis, porque habéis sido comprados a buen precio. Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*⁴³.

Santificado sea tu nombre

12. Después de esto decimos: *Santificado sea tu nombre*, no porque deseemos que Dios sea santificado por nuestras oraciones, sino porque pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Por lo demás, ¿por qué puede ser Dios santificado, siendo Él mismo quien santifica?

Mas, porque Él mismo ha dicho: *Sed santos, porque yo soy santo*⁴⁴, pedimos y suplicamos esto, para que los que hemos sido santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos empezado a ser. Y esto lo pedimos todos los días, pues todos los días necesitamos ser santificados, para purificarnos con esta asidua santificación de los pecados que cometemos diariamente.

Qué santificación es ésta que nos confiere la bondad de Dios, lo proclama el apóstol cuando dice: *Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los estafadores, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces, alcanzarán el reino de Dios. Y esto fuisteis vosotros ciertamente, pero habéis sido lavados, habéis sido justificados, habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*⁴⁵.

Dice que hemos sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. Pues bien, lo que pedimos en la oración es que esta santificación permanezca en nosotros, pues el Señor y Juez nuestro conmina a no pecar más a los que han sido sanados y vivificados por Él, para que no les ocurra algo peor⁴⁶. Y por eso hacemos esta petición continuamente en nuestras oraciones. De día y de noche pedimos que la santidad y la vida, que nos vienen de la gracia de Dios, sean conservadas bajo su protección.

Venga tu reino

13. Y sigue en la oración: *Venga tu reino*. Con ello pedimos que el reino de Dios se haga presente en nosotros, del mismo modo como pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Pues, ¿cuándo no reina Dios? O ¿cuándo empieza en Él lo que siempre fue y nunca deja de ser? Pedimos, en definitiva, que venga nuestro reino, prometido por Dios y adquirido por la sangre y la pasión de Cristo; es decir, que quienes le servimos en el mundo, reinemos después con Cristo, que es quien verdaderamente reina, como Él mismo nos promete cuando dice: *Venid, benditos de mi*

*Padre, recibid el reino que ha sido preparado para vosotros desde el origen del mundo*⁴⁷.

El reino de Dios, hermanos queridísimos, puede ser incluso el mismo Cristo, que diariamente deseamos que venga y cuya venida pedimos que ocurra pronto en nosotros⁴⁸. Pues siendo Él la resurrección⁴⁹, porque en Él resucitamos⁵⁰, también puede ser Él el reino de Dios, porque en Él hemos de reinar.

Con razón pedimos, por tanto, el reino de Dios, esto es, el reino celestial, porque hay también un reino terreno. Aunque, quien ha renunciado ya al mundo, está por encima de los honores y del reino de este mundo⁵¹. Por ello, quien se consagra a Dios y a Cristo no desea los reinos terrenos, sino los celestiales.

La oración y la súplica, por tanto, deben ser incesantes para no ser excluidos del reino de los cielos, como lo fueron los judíos, a quienes se les había prometido en primer lugar, según manifiesta claramente el Señor, cuando dice: *Muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mas los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes*⁵². Nos muestra el Señor que los judíos fueron antes hijos del reino, mientras permanecieron siendo hijos de Dios⁵³. Mas cuando perdieron el nombre del Padre, perdieron también el reino. Y por eso los cristianos, desde que en la oración hemos empezado a llamar a Dios Padre, pedimos también que venga a nosotros el reino de Dios. ...

Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra

14. Añadido a lo anterior, decimos también: *Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra*, no para que Dios haga lo que quiera, sino para que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere. Porque, ¿quién impide a Dios hacer lo que quiera? Sin embargo, a nosotros el diablo nos dificulta que nuestra mente y nuestros actos obedezcan totalmente a Dios. Por ello oramos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, cosa que se realiza sólo si Dios quiere, es decir, con su ayuda y protección. Pues nadie puede sentirse firme y seguro gracias a sus propias fuerzas, sino gracias a la bondad y a la misericordia de Dios.

Finalmente, el Señor, mostrando la debilidad humana, que Él mismo llevaba⁵⁴, dice: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*⁵⁵. Sin embargo, dando ejemplo a sus discípulos para que no hagan su voluntad, sino la de Dios, continúa diciendo: *Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*⁵⁶. Y en otro lugar dice: *No he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*⁵⁷.

Por tanto, si ha obedecido el Hijo haciendo la voluntad del Padre, ¡cuánto más debe obedecer el siervo haciendo la voluntad del Señor! De este mismo modo tam-

bién Juan, en una de sus cartas, nos exhorta a hacer la voluntad de Dios con estas instrucciones: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición mundana, lo cual no procede del Padre, sino de la concupiscencia del mundo. Y el mundo y su concupiscencia pasarán, mientras que quien hiciere la voluntad de Dios permanece para siempre, como Dios permanece para siempre*⁵⁸.

Así pues, los que queremos permanecer para siempre debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

15. Ahora bien, la voluntad de Dios es la que hizo y enseñó Cristo⁵⁹: humildad en el comportamiento, constancia en la fe, sencillez en las palabras, justicia en las acciones, misericordia en las obras, disciplina en las costumbres, no saber lo que es infligir una injuria y ser capaz de tolerar las infligidas, mantener la paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarlo como Padre, temerlo como Dios, no anteponer nada a Cristo, ya que Él no antepuso nada a nosotros, unirse inseparablemente a su amor, adherirse fuerte y confiadamente a su cruz; cuando hay que luchar por su nombre y su honor, mostrar en la discusión la firmeza con que le confesamos; en el interrogatorio, la confianza con que combatimos; en la muerte, la paciencia por la que somos coronados.

En esto consiste ser coheredero con Cristo⁶⁰; esto es guardar el mandamiento de Dios; esto es cumplir la voluntad del Padre.

16. Y pedimos que se haga la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra, porque ambas cosas son necesarias para la consumación de nuestra justificación y de nuestra salvación. Pues teniendo un cuerpo que procede de la tierra, y un espíritu que procede del cielo, nosotros mismos somos tierra y cielo, y en ambos, es decir, en el cuerpo y en el espíritu, pedimos que se haga la voluntad de Dios⁶¹.

Hay una lucha entre la carne y el espíritu, un combate continuo entre estos dos elementos discordantes entre sí. De modo que no hacemos lo que queremos, pues mientras el espíritu tiende a lo celestial y divino, la carne desea lo terreno y mundano. Y, por ello, pedimos que con el poder y el auxilio de Dios haya concordia entre ellos, a fin de que, cumpliéndose la voluntad de Dios en el espíritu y en la carne, se salve el alma, que ha renacido de Dios.

Esto es lo que de manera clara y manifiesta expone el apóstol Pablo cuando dice: *La carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne. Ellos son antagónicos entre sí, de modo que no hacéis lo que queréis. Manifiestas son, sin embargo, las obras de la carne, que son: adulterios, fornicaciones, impurezas, obscenidades, idolatrías, hechicerías, homicidios, enemistades, discordias, celos, rencillas, herejías, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes; quienes tales cosas hacen no poseerán el reino de Dios. Fruto, en cambio, del Espíritu es el amor, el gozo, la*

*paz, la magnanimidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia, la castidad*⁶².

Y por ello cotidianamente, más aún, continuamente pedimos esto en nuestras oraciones: que se cumpla la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra en todo lo que a nosotros se refiere. Porque ésta es la voluntad de Dios: que las cosas terrenas cedan ante las celestiales y que prevalezca lo espiritual y divino.

17. Puede también entenderse de este otro modo, amadísimos hermanos: que ordenándonos y exhortándonos el Señor a amar incluso a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen⁶³, oremos también por quienes aún son terrenos y no han empezado todavía a ser celestes. De este modo, pedimos que también con respecto a ellos se cumpla la voluntad de Dios, que llevó a cabo Cristo, salvando y restaurando al hombre.

En efecto, Cristo ya no llama a sus discípulos tierra, sino *sal de la tierra*⁶⁴, y el apóstol al primer hombre lo llama salido de la tierra y al segundo venido del cielo⁶⁵. Con razón, por tanto, nosotros, que debemos asemejarnos a Dios Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos⁶⁶, oramos así. Y siguiendo la exhortación de Cristo, pedimos por la salvación de todos. De modo que, así como en el cielo, es decir, en nosotros, se ha cumplido la voluntad de Dios de que seamos del cielo por medio de la fe, así también en la tierra, esto es, en los no creyentes, se cumpla la voluntad de Dios de que los que aún son terrenos por el primer nacimiento, empiecen a ser celestes una vez nacidos del agua y del Espíritu⁶⁷.

Danos hoy nuestro pan de cada día

18. Prosiguiendo la oración, formulamos esta petición: *Danos hoy nuestro pan de cada día*. Esto puede entenderse en sentido espiritual o en sentido literal⁶⁸. Los dos sentidos, según la disposición divina, son provechosos para la salvación.

En efecto, Cristo es el pan de vida⁶⁹ y este pan no es de todos, sino nuestro. Así como decimos *Padre nuestro*, porque es Padre de los que le conocen y creen en Él, así también decimos *pan nuestro*, porque Cristo es pan de los que recibimos su cuerpo⁷⁰.

Pedimos que este pan nos sea dado todos los días con el fin de que, quienes estamos en Cristo y tomamos diariamente⁷¹ su Eucaristía como alimento de salvación, no quedemos separados del cuerpo de Cristo a causa de un pecado grave y, separados y excomulgados, se nos niegue el pan celeste. El Señor mismo nos lo indica diciendo: *Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo. Si alguien come de mi pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo*⁷².

Por consiguiente, cuando dice que si alguien come de su pan vivirá para siempre, del mismo modo como queda claro que viven quienes, unidos a su cuerpo por el derecho de comunión reciben la Eucaristía, así también hay que temer y orar para que no haya quien, siendo separado del cuerpo de Cristo, permanezca también alejado de la salvación, como nos

conmina Él mismo cuando dice: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*⁷³.

Por ello pedimos que nuestro pan, es decir, Cristo, nos sea dado todos los días, a fin de que, quienes permanecemos y vivimos en Cristo, no nos apartemos de su santificación ni de su cuerpo.

19. Pero puede entenderse también en el sentido de que, quienes hemos renunciado al mundo y hemos rechazado todas sus riquezas y sus pompas⁷⁴ por la fe en el don del Espíritu, pedimos sólo el alimento y el sustento, ya que el Señor así nos lo enseña cuando dice: *Quien no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío*⁷⁵.

Por tanto, quien ha comenzado a ser discípulo de Cristo renunciando a todo de acuerdo con la enseñanza de su maestro, debe pedir el alimento de cada día y no extender más allá de esto los deseos de su petición, siendo así que el mismo Señor nos lo prescribe diciendo: *No os preocupéis del mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo. Le basta a cada día su propio mal*⁷⁶.

Con razón, pues, el discípulo de Cristo pide para sí sólo el sustento del día, teniendo prohibido pensar en el mañana. Sería, en efecto, algo incompatible y contradictorio que quisiéramos vivir largamente en este mundo los que pedimos que venga cuanto antes el reino de Dios.

En este mismo sentido nos exhorta también el bienaventurado apóstol, construyendo y consolidando la firmeza de nuestra fe y de nuestra esperanza: *Nosotros no hemos traído nada a este mundo, ni tampoco nada podemos sacar. Así que, teniendo comida y vestido, estamos contentos con eso.*

Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en la trampa y en muchos perniciosos deseos que hundan al hombre en la perdición y la muerte. Pues la raíz de todos los males es la codicia, dejándose llevar de la cual algunos se han extraviado de la fe y han acarreado sobre sí muchos dolores⁷⁷.

20. El apóstol nos enseña no sólo que debemos rechazar las riquezas, sino también que éstas son peligrosas, porque en ellas está la raíz de los males, que con halagos y disimulado engaño ofuscan la mente humana.

Por esto reprende Dios a aquel rico necio que pensaba sólo en las riquezas terrenas y se jactaba por la abundancia de sus cosechas. Le dice: *Necio, esta noche te reclamarán el alma. Las cosas que has acumulado, ¿para quién serán?*⁷⁸. ¡Regocijábase el necio en sus cosechas, cuando aquella misma noche tenía que morir! ¡Pensaba en la abundancia de víveres el que ya no tenía vida!

El Señor nos enseña, por el contrario, que el hombre perfecto y acabado es el que, después de vender todos sus bienes y distribuirlos entre los pobres, se asegura un tesoro en el cielo⁷⁹. Éste es, dice el Señor, el que puede ir en pos de Él⁸⁰ e imitar su gloriosa pasión: el que, habiéndose desembarazado totalmente de su patrimonio, no se halla cogido por los lazos de éste, sino que libre y sin trabas acompaña a sus bienes, previamente enviados al Señor.

Para que cada uno de nosotros pueda disponerse a esto, aprendemos a orar así y a conocer por la misma norma de la oración cómo debemos ser.

21. Por otra parte, al justo no puede faltarle el pan de cada día, ya que está escrito: *No hará morir de hambre el*

*Señor al hombre justo*⁸¹; y también: *Fui joven, ya soy viejo y nunca he visto al justo abandonado, ni a su linaje mendigando el pan*⁸². Lo mismo promete el Señor cuando dice: *No os preocupéis, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*⁸³.

Promete el Señor dar todas las cosas por añadidura a los que buscan el reino de Dios y su justicia. En efecto, siendo todas las cosas de Dios, a quien tiene a Dios nada le faltará, con tal de que él no falte a Dios.

De este modo vemos que a Daniel, arrojado por orden del rey a la fosa de los leones, se le procura milagrosamente la comida y come el hombre de Dios en medio de aquellas fieras hambrientas pero respetuosas con él⁸⁴. De este modo también es alimentado Elías en su huida por el desierto, siendo servido por los cuervos y así, gracias a estas aves que le llevaban la comida⁸⁵, pudo sustentarse en la persecución. ¡Oh detestable crueldad de la malicia humana! Las fieras son respetuosas, las aves sirven la comida, mientras los hombres acechan y se comportan con violencia⁸⁶.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

22. Después de esto, pedimos también por nuestros pecados, diciendo: *Y perdónanos nuestras deudas, así como*

nosotros perdonamos a nuestros deudores. Después del subsidio del pan, pedimos el perdón de los pecados a fin de que quien es alimentado por Dios, viva en Dios y no se preocupe sólo de esta vida temporal, sino también de la eterna. A ésta se puede llegar si son perdonados los pecados, a los que el Señor llama deudas, como en el Evangelio, cuando dice: *Te perdonaré toda la deuda, porque me lo suplicaste*⁸⁷.

¡De qué modo tan oportuno, providencial y saludable se nos advierte que somos pecadores! Pues se nos urge a orar por nuestros pecados, y de este modo, mientras pedimos perdón a Dios, hacemos en nuestro interior un examen de conciencia.

Para que nadie se complazca en sí mismo, como si fuera inocente y, ensalzándose, sea mayor su ruina, el Señor nos instruye y nos enseña que pecamos todos los días, al ordenarnos orar todos los días por nuestros pecados.

En este mismo sentido nos advierte también Juan en su carta, cuando dice: *Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si, por el contrario, reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonarnos los pecados*⁸⁸. En esta carta afirma Juan dos cosas: que debemos orar por nuestros pecados y que, al orar, obtendremos el perdón. Por eso dice también que el Señor es fiel para perdonarnos los pecados, porque guarda siempre fidelidad a sus promesas. Pues el que nos enseñó a orar por nuestras deudas y pecados, nos prometió también la misericordia del Padre y el consiguiente perdón.

23. El Señor añadió seguidamente de modo claro una ley, que nos obliga con una condición precisa y un com-

promiso: pedimos que nos sean perdonadas nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Con lo cual somos conscientes de que no puede obtenerse lo que pedimos con respecto a nuestros pecados, si nosotros mismos no hacemos lo mismo con los que pecan contra nosotros. Por ello en otro lugar dice: *Con la medida con que midáis, se os medirá*⁸⁹. Y por ello aquel siervo que, después de serle perdonada toda la deuda por su señor, no quiso él mismo perdonar, fue enviado a la cárcel⁹⁰. Por no querer perdonar a un compañero perdió lo que le había sido perdonado por su señor.

Con más fuerza aún, con todo el vigor de su autoridad expone Cristo esto mismo en sus preceptos cuando dice: *Cuando os pongáis de pie para la oración, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados. Pues si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados*⁹¹. No tendrás ninguna excusa el día del juicio, cuando según tu propia sentencia tengas que sufrir aquello mismo que tú has hecho.

Pues Dios ha dispuesto que en su casa habiten los pacíficos, los que tienen un solo corazón y una sola alma⁹²; y quiere que, una vez renacidos, perseveremos en lo que hemos llegado a ser gracias al segundo nacimiento. Por tanto, los que hemos empezado a ser hijos de Dios, permanezcamos en la paz de Dios, y los que tenemos un solo Espíritu, tengamos también una sola alma y un solo corazón. De quien está enemistado, Dios no acepta ni siquiera

el sacrificio. Por ello le ordena que vuelva desde el altar a reconciliarse primero con el hermano⁹³, ya que Él se muestra propicio sólo ante las plegarias de los pacíficos. El mayor sacrificio para Dios es nuestra paz, nuestra concordia fraterna, un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo⁹⁴.

24. Ya en los primeros sacrificios, los que ofrecieron Abel y Caín⁹⁵, no se fijaba Dios en sus ofrendas, sino en su corazón. Y así agradaba más a Dios en su ofrenda aquel que le agradaba más en su corazón. El justo y pacífico Abel, al sacrificar a Dios siendo inocente enseñó a los demás a que, cuando presenten su ofrenda ante el altar, se acerquen con temor a Dios, con sencillez de corazón, con la ley de la justicia, con la paz y la concordia. Con razón, al comportarse de este modo, se convirtió él mismo después en sacrificio para Dios. De este modo él, que poseía la justicia y la paz del Señor, constituyéndose en el primero de los mártires, inició la pasión del Señor con la gloria de su sangre⁹⁶. Estos tales son coronados por el Señor y juntamente con el Señor serán vengados en el día del juicio.

· Sin embargo, el que siembra la discordia y la división⁹⁷ y no mantiene la paz con los hermanos, éste, según el testimonio del bienaventurado apóstol y de la Sagrada Escri-

tura, aunque muriera por el nombre de Cristo, no se librará del crimen de la disensión fraterna, como está escrito: *El que odia a su hermano es un homicida*⁹⁸; y un homicida no entra en el reino de los cielos ni vive en compañía de Dios. No puede estar con Cristo quien prefirió imitar a Judas antes que a Cristo.

¡Qué gran pecado es éste, que ni siquiera el bautismo de sangre puede lavar! ¡Qué gran crimen, que ni el martirio puede expiar!

Y no nos dejes caer en la tentación

25. El Señor nos enseña como algo necesario también que digamos en la oración: *Y no nos dejes caer en la tentación*. Con lo cual pone de manifiesto que nada puede contra nosotros el enemigo si Dios antes no se lo permite. Por eso, todo nuestro temor, nuestra devoción y nuestra obediencia deben dirigirse a Dios, ya que en las tentaciones nada puede el maligno si Dios no se lo concede.

Lo demuestra la Escritura cuando dice: *Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió, y el Señor la entregó en sus manos*⁹⁹.

Al maligno se le da poder contra nosotros según nuestros pecados, como está escrito: *¿Quién entregó al pillaje a Jacob, y a Israel a los saqueadores? ¿Acaso no ha sido Dios, contra quien pecaron cuando rehusaron andar por sus caminos y escuchar su ley? Vertió sobre ellos el ardor de su ira*¹⁰⁰. Y del mismo modo, cuando peca Salomón y se aparta de los preceptos y de los caminos del Señor, se dice: *Y suscitó el Señor a Satanás contra Salomón*¹⁰¹.

26. Ahora bien, este poder contra nosotros se le da de dos maneras: como castigo, cuando pecamos, o como alabanza, cuando somos probados. Así vemos que ocurre en el caso de Job, según pone de manifiesto Dios mismo cuando dice. *He aquí que pongo en tus manos todos sus bienes, pero cuida de no tocarlo a él*¹⁰². Y el Señor en el Evangelio, en el momento de su pasión, dice: *No tendrías contra mí ningún poder si no te hubiera sido dado de lo alto*¹⁰³.

Pues bien, cuando pedimos no caer en la tentación, nos sentimos advertidos con esta plegaria acerca de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza, para que nadie se enaltezca con insolencia ni adopte actitud de soberbia y arrogancia, ni se gloríe de su confesión o de sus sufrimientos. Pues el Señor mismo, enseñándonos lo que es la humildad, dijo: *Velad y orad para que no caigáis en tentación: el espíritu está pronto, pero la carne es débil*¹⁰⁴.

Entonces, cuando va por delante una confesión humilde y sumisa y todo se atribuye a Dios, lo que se le pide humildemente con temor y respeto nos es concedido por su bondad.

Mas libranos del mal

27. Después de esto, al término de la oración y como conclusión de la misma, viene una cláusula en la que están resumidas brevemente todas nuestras peticiones y súplicas. En efecto, decimos al final: *Mas libranos del mal*. Aquí están comprendidas todas las adversidades que el enemigo mueve contra nosotros en este mundo. Frente a ellas sólo existe una firme y segura protección si Dios nos libra de ellas, es

decir, si presta su ayuda a los que dirigimos a Él nuestras oraciones y súplicas.

Así pues, cuando decimos: *libranos del mal*, no queda ya nada más que pedir, porque de una vez hemos pedido la protección de Dios contra el maligno. Contando con ella, podemos ya estar seguros y salvos frente a todas las asechanzas del mundo y del demonio. Pues, ¿qué miedo puede tener del mundo quien tiene a Dios como protector en el mundo?

Oración-compendio

28. ¿Qué hay de extraño, hermanos amadísimos, en que la oración que Dios nos enseñó compendie en una fórmula saludable todas nuestras súplicas?¹⁰⁵ Esto había sido predicho ya por el profeta Isaías, cuando, lleno de Espíritu Santo, hablaba de la majestad y de la bondad de Dios: *Palabra eficaz –dice– y compendio de justicia, porque una palabra compendiada es la que Dios cumplirá en toda la faz de la tierra*¹⁰⁶.

En efecto, cuando la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo, vino para todos y, reuniendo igualmente a doctos

e ignorantes, enseñó a gente de todo sexo y edad los preceptos de la salvación, hizo un gran compendio de ellos. De este modo sus discípulos no tendrían que hacer un esfuerzo de memoria para aprender la doctrina celestial, sino que prontamente aprenderían lo necesario para una fe sencilla.

Y así, cuando enseñaba lo que es la vida eterna, expresó con extraordinaria y divina brevedad el misterio de esta vida: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*¹⁰⁷. Del mismo modo, cuando elegía los primeros y más importantes preceptos de la ley y los profetas, dice: *Escucha Israel: el Señor, tu Dios, es el único Señor*¹⁰⁸; y: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primero. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas*¹⁰⁹. Y también: *Todo el bien que quisierais que os hicieran los hombres, hacédselo vosotros también a ellos. Pues ésta es la ley y los profetas*¹¹⁰.

El ejemplo de Cristo y su oración para que todos seamos uno

29. El Señor nos enseñó a orar no sólo con sus palabras, sino también con sus obras, ya que Él mismo oraba y suplicaba con frecuencia, mostrándonos con su ejemplo lo que nos conviene hacer, como está escrito: *Pero Él se retiró a lugares solitarios, donde oraba*¹¹¹; y también: *Se fue al monte a orar y se pasó la noche orando a Dios*¹¹².

Por tanto, si el que no tenía pecado oraba, ¡cuánto más necesitan orar los pecadores! Y si Él, velando toda la noche, oraba sin interrupción, ¡cuánto más deberemos velar nosotros, permaneciendo en oración!

30. Oraba, pues, el Señor y suplicaba, pero no por Él —¿qué podía pedir para sí el inocente?— sino por nuestros pecados, como Él mismo manifiesta cuando dice a Pedro: *Mira que Satanás ha solicitado cribarnos como trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca*¹³. Y posteriormente pide al Padre por todos diciendo: *No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que por medio de su palabra creerán en mí, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros*¹⁴.

¡Tan grande es la bondad y la misericordia del Señor en orden a nuestra salvación que, no contento con redimirnos con su sangre, quiso además rogar por nosotros!

Y mirad cuál era el deseo que expresa en su oración: que como el Padre y el Hijo son uno, así también nosotros permanezcamos en idéntica unidad. De donde también puede inferirse cuán grave es el delito de quien rompe la unidad y la paz, cuando por ellas ha rogado el Señor. Él, en efecto, quiere que su pueblo obtenga la vida, y sabe que la discordia no puede alcanzar el reino de Dios¹⁵.

Orad con todo el corazón

31. Así pues, hermanos queridísimos, cuando nos disponemos a orar, debemos estar atentos y darnos a la ora-

ción con todo el corazón. Todo pensamiento carnal y mundano sea apartado y no piense el alma entonces más que en la plegaria.

Por eso el sacerdote, antes de la oración¹¹⁶, prepara el ánimo de los hermanos con un prefacio introductorio, diciendo: «Levantemos el corazón», para que, al responder el pueblo: «Lo tenemos levantado hacia el Señor»¹¹⁷, quede advertido de que no debe pensar en otra cosa más que en el Señor.

Cerremos, por tanto, nuestro pecho al adversario y que esté abierto sólo para Dios. No se le permita entrar en él al enemigo de Dios durante el tiempo de la oración. Pues éste con frecuencia se arrastra y penetra y, engañándonos sutilmente, aparta de Dios nuestras plegarias, de modo que tengamos una cosa en nuestro corazón y otra en nuestra boca, cuando tanto la voz, como el alma, como el corazón, deben orar a Dios con toda atención.

¡Qué desidia distraerse y dejarse llevar de pensamientos frívolos y profanos cuando estás orando ante el Señor! ¿Hay, acaso, alguna cosa en la que debas pensar más que en lo que hablas con Dios? ¿Cómo pretendes que Dios te escuche, si tú mismo no te escuchas? ¿Quieres que el Señor se acuerde de ti en tu oración, cuando tú mismo no te acuerdas?

Eso es no tener sumo cuidado con el enemigo, cuando oras ante Dios; es ofender la majestad de Dios con esta negligencia en la oración; es velar con los ojos pero dormir con el corazón, siendo así que el cristiano debe velar con el corazón incluso cuando duerme con los ojos, como está escrito en el Cantar de los Cantares de aquella que personifica a la Iglesia: *Yo duermo, pero mi corazón vela*¹¹⁸. Por

ello mismo el apóstol nos avisa de modo solícito y prudente diciendo: *Sed perseverantes en la oración, velando en ella*¹¹⁹. Así nos enseña y nos hace ver que obtienen de Dios lo que le piden, aquellos a los que Dios ve que velan en la oración.

Oración y buenas obras

32. Por otra parte, los que oran no pueden presentarse ante Dios con súplicas vacías, desprovistas de frutos. Una súplica estéril no tiene eficacia ante Dios. Así como todo árbol que no da fruto es cortado y arrojado al fuego¹²⁰, del mismo modo también la oración desprovista de fruto, es decir, no fecunda en obras buenas, no puede merecer ante Dios. Por ello la divina Escritura nos instruye diciendo: *Buena es la oración con el ayuno y la limosna*¹²¹.

El mismo que en el día del juicio ha de dar el premio por las buenas obras y las limosnas, es el que ahora escucha benigneamente a quien acude a la oración, acompañándola de buenas obras.

Por eso, finalmente, mereció ser escuchado el centurión Cornelio cuando oraba: daba muchas limosnas al pueblo, al mismo tiempo que oraba continuamente a Dios. Hacia la hora de nona, mientras estaba en oración, se le presentó un ángel que testificaba sus buenas obras diciendo: *Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de Dios*¹²².

33. En efecto, las oraciones acompañadas con los méritos de las buenas obras suben inmediatamente ante Dios. Así se lo testificó el ángel Rafael a Tobías, que oraba cons-

tantemente y constantemente realizaba obras buenas, diciéndole: *Es bueno revelar y dar a conocer las obras de Dios. Cuando tú y Sara orabais, presentaba yo el memorial de vuestra oración ante la gloria de Dios; y lo mismo cuando enterrabas a los muertos. Y cuando no dudaste un momento en levantarte de la mesa y dejar tu comida para ir a enterrar a un muerto, entonces yo fui enviado para probarte; y de nuevo me envió Dios para curarte a ti y a Sara tu nuera. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles justos, que estamos presentes y tenemos acceso ante la gloria de Dios*¹²³.

También por medio de Isaías nos amonesta el Señor y nos enseña algo semejante diciendo: *Desata todo nudo de injusticia, deshace las coyundas de los negocios abusivos; deja en libertad a los oprimidos para que descansen y destruye todo recibo injusto; parte tu pan con el hambriento y recibe en tu casa a los pobres sin techo; si ves a un desnudo, vístelo, y no desprecies a tus semejantes. Entonces brotará tu luz como la aurora y se distinguirán en seguida tus vestidos, te precederá la justicia y te rodeará la gloria de Dios. Entonces clamarás y Dios te escuchará, todavía estarás hablando cuanto te dirá: heme aquí*¹²⁴.

Dios promete estar presente y dice que escuchará y protegerá a quienes desatan de su corazón los nudos de la injusticia y reparten limosnas a los siervos de Dios, de acuerdo con sus preceptos. Así, escuchando lo que Dios quiere que se haga, se hacen merecedores ellos mismos de ser escuchados por Dios.

El bienaventurado apóstol Pablo, al ser ayudado en la angustia de su tribulación por los hermanos, dijo que aquellas obras eran sacrificios ofrecidos a Dios: *Estoy provisto de todo, después de recibir de Epafrodito lo que me*

*habéis enviado, suave aroma, sacrificio que Dios acepta con agrado*¹²⁵.

En efecto, quien se apiada del pobre, presta a Dios¹²⁶, y quien da a los pequeños, da a Dios¹²⁷, es decir, ofrece a Dios espiritualmente un sacrificio de suave olor.

Las horas de la oración

34. En cuanto a la celebración de la oración nos encontramos con que Daniel y aquellos tres jóvenes, fuertes en la fe y victoriosos en la cautividad, observaron la hora de tercia, de sexta y de nona¹²⁸ como signo de la Trinidad, que había de manifestarse en los últimos tiempos. Pues, en efecto, la hora prima, al llegar a la hora tercia nos muestra que se ha completado el número de la Trinidad, y así mismo la cuarta cuando llega a la sexta, y la séptima, al llegar a la nona. Por medio de ternas horarias se enumera la Trinidad perfecta.

Los adoradores de Dios, habiendo establecido ya desde antiguo simbólicamente esta distribución horaria, se dedicaban a la oración en esos precisos y determinados momentos. Y se nos reveló después que había sido un signo este hecho de que los justos orasen entonces de este modo.

En efecto, a la hora tercia descendió sobre los discípulos el Espíritu Santo, cumpliéndose de este modo, con el don del Espíritu, la promesa del Señor¹²⁹. Y a la hora sexta, por medio de un signo y de la misma voz de Dios que le hablaba, se le hizo saber a Pedro, subido a la terraza, que admitiera a todos a la gracia de la salvación¹³⁰, pues antes

había dudado acerca de si conceder o no el bautismo a los gentiles. Y el Señor, crucificado a la hora sexta¹³¹, lavó con su sangre nuestros pecados a la hora nona¹³² y consumó entonces su victoria en la pasión, para podernos redimir y vivificar¹³³.

35. Pero nosotros, amadísimos hermanos, a estas horas de oración, observadas desde antiguo, hemos añadido otras en relación también con los misterios salvíficos.

Por ejemplo, hay que orar también por la mañana para celebrar la resurrección del Señor con una plegaria matutina, cosa que ya señalaba en otro tiempo el Espíritu Santo en los Salmos, diciendo: *Oh Señor, Rey mío y Dios mío, a ti dirigiré mi oración por la mañana y escucharás mi voz; por la mañana me presentaré ante ti y te miraré atentamente*¹³⁴. Y en otra ocasión dice el Señor por medio del profeta: *Al amanecer estarán despiertos, mirando hacia mí y diciendo: venid, volvamos al Señor, nuestro Dios*¹³⁵.

También a la puesta del sol, cuando el día acaba, es necesario orar de nuevo. Pues, siendo Cristo el verdadero sol y el verdadero día, cuando se pone este sol y el día natural acaba, oramos y pedimos que venga sobre nosotros de nuevo la luz, es decir, pedimos la venida de Cristo, que ha de traernos la gracia de la luz eterna.

Que Cristo es el día lo pone de manifiesto el Espíritu Santo en los Salmos cuando dice: *La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular. Ha sido obra del Señor y es admirable a nuestros ojos. Éste es el día que ha hecho el Señor: exultemos y gocemos en él*¹³⁶. Y que Cristo también es llamado sol lo testifica el profeta Mala-

quías cuando dice: *Pero para vosotros, que teméis el nombre del Señor, nacerá el sol de justicia, en cuyos rayos está la salud*¹³⁷.

Por tanto, si en las divinas Escrituras el verdadero sol y el verdadero día es Cristo, no queda fuera para los cristianos ninguna hora del día en la que Dios no deba ser adorado sin cesar. De modo que los que estamos en Cristo, esto es, en el sol y el día verdaderos¹³⁸, durante toda la jornada debemos dedicarnos a la oración y a la plegaria. Y cuando, alternándose entre sí según ley de la naturaleza, la noche suceda al día, ningún daño deberán temer de las tinieblas los que oran, porque para los hijos de la luz¹³⁹ también la noche es día. ¿Cuándo estará sin luz quien tiene la luz en el corazón? O, ¿cuándo le faltará el sol y el día a aquel cuyo sol y día es Cristo?

Exhortación final

36. Así pues, los que estamos siempre en Cristo, esto es, en la luz, no cesemos de orar, ni siquiera durante la noche. De este modo, orando y velando siempre sin cesar, perseveraba en el servicio de Dios la viuda Ana, como está escrito en el Evangelio: *No se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones*¹⁴⁰.

Dejemos aparte a los gentiles, que todavía no han sido iluminados, y a los judíos, que habiendo desertado de la luz, permanecen en las tinieblas. Nosotros, hermanos amadísimos, que estamos siempre en la luz del Señor, que recordamos y guardamos lo que hemos empezado a ser por la gracia recibida, consideremos la noche como el día. Tenga-

mos fe en que caminamos siempre en la luz¹⁴¹, no nos veamos dificultados por las tinieblas de las que nos hemos liberado; no haya ningún obstáculo para la oración en las horas nocturnas y ningún abandono de la misma a causa de la pereza y de la indolencia.

Ya que hemos sido transformados en nueva criatura y hemos renacido espiritualmente por la misericordia de Dios, imitemos lo que hemos de ser: en el reino sólo existirá el día, sin asomo de la noche¹⁴²; por ello, velemos en la noche como en el día; allí nos dedicaremos siempre a la oración y a la acción de gracias; por ello, oremos también aquí en todo momento y demos gracias a Dios sin cesar¹⁴³.